

ante la persona” (p. 130). Pero no porque la persona sea “fin es sí”, ya que las categorías de “medio” y “fin” son éticas, no antropológicas; por tanto, no describen a la persona. Ampliando su planteamiento cabe decir que si “la moralidad es una relación de la acción concreta con el misterio de la persona” (p. 132), cada persona es una relación nueva, irrepetible, con el misterio pluripersonal divino. Tal relación es de amor. Si la ética —según dice— es anhelo de la persona, “la ética es una erótica” (p. 136 ss.). Entonces, ¿la persona es fin? (“figura circular de la persona”, p. 141). Es claro que la persona no se queda en sí, porque su amar apunta al ser personal que acepte irrestrictamente su amor.

En cuanto a la ‘ética especial’, la divide en cuatro partes según la temática a que van dirigidos los cuatro anhelos humanos: “la ética que versa sobre el anhelo de uno mismo (erótica del amor del yo); la ética que versa sobre el anhelo de las cosas (erótica del amor al mundo); la ética que versa sobre el anhelo del otro (erótica del amor al tú); la ética que versa sobre el anhelo de infinito (erótica del amor a lo sublime)” (p. 148). Por lo que se refiere a la última parte, a la redención de la culpa (pp. 379 ss.), el único remedio curativo es el ser divino, pues la iniciativa del arrepentimiento, del consecuente dolor y, sobre todo, de la renovación personal, es divina.

En fin, el lector está ante un libro sugerente, de redacción sencilla y atrayente, que no sigue patrones éticos establecidos, que es jugoso y vivo, y que, salvo los puntos de revisión aludidos, aborda los temas que más inspiran.

Juan Fernando Sellés. Universidad de Navarra
jfselles@unav.es

GARCÍA-HUIDOBRO, JOAQUÍN

El anillo de Giges. Una introducción a la tradición central de la ética, Editorial NUN, Ciudad de México, 2021, 303 pp.

El libro presenta una reflexión sobre el bien humano en continuidad con la Tradición Central de Occidente cuyas figuras

emblemáticas son Aristóteles, Cicerón y Santo Tomás de Aquino. En esta obra de carácter introductorio a la Filosofía Moral, dirigida a un público universitario y con una clara impronta divulgativa, el autor se adentra en lo que considera los temas centrales de la ética occidental, y aunque deja de lado temáticas importantes — como son la libertad y el acto humano —, no se desvía del objetivo principal, esto es, mostrar que el ideal de la excelencia humana está íntimamente relacionado con el arte de vivir. El autor acompaña la reflexión sobre este ideal sirviéndose de obras literarias y otras expresiones artísticas, recurso que a la vez que confiere a la obra un tono amable, ilustra que las grandes preguntas de la ética son universales y perennes.

El libro está estructurado en 14 capítulos: el fin último del hombre (III), las virtudes (IV-VII), las normas morales (VIII-IX) y la conciencia moral (X-XI). Los capítulos XII y XIII ofrecen una interesante reflexión sobre dos cuestiones de especial relevancia: la relación de la ética con la naturaleza y con Dios respectivamente. Los dos primeros capítulos guardan con el último (XIV) una estructura especular: mientras que en los primeros se presentan los desafíos que el relativismo impone a la ética, el resumen conclusivo de la herencia ética de la Tradición Central de Occidente ayuda al lector a dirimir una cuestión fundamental formulada en estos términos: ¿relatividad o relativismo de la ética?

Es pacíficamente aceptado que la ética tiene que ver con los criterios acerca de lo bueno y de lo malo. En este contexto, al tiempo que se plantea la cuestión acerca de la necesidad de la ética, surge un relevante interrogante: cómo se obtienen tales criterios de lo bueno y lo malo. Desde el momento en que ni el instinto ni el deseo se revelan como una fuente suficiente para obtener dichos criterios, comparece en escena la razón práctica. La Tradición Central de Occidente ha sostenido siempre la capacidad de la razón humana para conocer la verdad, también en el de orden práctico. En efecto, la verdad práctica es fruto del deseo y la razón, concurrentes en la génesis de la acción y enlazados en el silogismo práctico. Reconocer la capacidad de la razón para guiar la acción humana hacia lo que plenifica al hombre comporta reconocer el

carácter racional de los juicios morales, y con esto, la posibilidad y la objetividad de la ética. En efecto, si no existen criterios intersubjetivos de valoración moral —o no se pueden conocer—, la indagación moral carece de sentido.

Tanto el relativismo como el emotivismo cuestionan el carácter racional de la ética. Mientras que el primero niega que existan principios morales de valor universal y supracultural, el segundo —gestado sobre el pensamiento de D. Hume— sostiene que los juicios morales se asientan en el sentimiento. De este modo, la justificación racional de las acciones resulta imposible o, a lo más, sumamente compleja. Sobre este trasfondo, en los dos primeros capítulos, al autor le interesa sortear la confusión frecuente entre subjetivo y relativo. En efecto, la dimensión subjetiva de la ética no está reñida con la objetividad de la misma puesto que se asienta en principios morales fundamentales que no cambian con el tiempo ni las culturas. La Tradición Central de Occidente tiene la virtud de recomponer en unidad el carácter absoluto y relativo de la ética.

En el capítulo 3 se aborda la cuestión del fin último, tema central de la ética. La común aspiración natural a la felicidad adquiere contenidos diversos, hecho que no escapa a la indagación filosófica: ¿son todos los géneros de vida igualmente buenos? La Tradición Central de Occidente defiende que el bien supremo del hombre debe ser una actividad del alma conforme a la virtud y, desde esta premisa antropológica, es posible explicar por qué el placer, y los otros candidatos contemporáneos, no pueden considerarse un contenido apropiado de la felicidad humana.

El problema básico del agente moral es la necesidad de distinguir entre el bien aparente y el bien real. La solución de la ética de la Tradición —solidaria con una comprensión antropológica del hombre como sujeto racional y deseante—, radica en la necesidad de que el hombre predisponga el propio carácter en modo tal que le permita un sano ejercicio de la razón práctica. De aquí el lugar central que corresponde a las virtudes en el conocimiento del bien moral. Que el hombre virtuoso juzgue bien de todas las cosas no significa que sea infalible sino que se le manifiesta la verdad práctica. Es

precisamente en las virtudes morales donde se articulan la dimensión subjetiva y objetiva de la ética. El autor ofrece una exposición sucinta de las virtudes cardinales poniéndolas en relación con la racionalidad y la corporeidad humanas, al tiempo que evidencia cómo contribuyen —en cuanto disposiciones estables del carácter—, al buen uso de la libertad.

La Tradición de Occidente sostiene que existe una instancia de juicio moral por encima de las preferencias personales. En este escenario un lugar destacado corresponde a la ley moral natural constituida por los primeros principios de la racionalidad práctica los cuales apuntan a ciertos bienes humanos básicos. Considerar a la ley natural en su compleja dimensión epistemológica permite comprender cómo se armonizan la universalidad y la inmutabilidad de los principios morales con la diversidad de opiniones éticas imperantes en la sociedad actual. Si la ley natural es el fundamento de las normas morales, las leyes jurídico-positivas no pueden estar en contradicción con ellas. En efecto, la obligatoriedad de obedecer una ley remite inevitablemente a la existencia de una legalidad supra positiva, so pena de atentar contra el bien común. El autor aborda las principales objeciones a la existencia de absolutos morales desenmascarando las diversas razones que se aducen para justificar la producción de buenos resultados tal como sostiene el consecuencialismo. En el fondo está la cuestión del alcance de la responsabilidad expresada en estos términos: ¿hay obligación de actuar bien o de producir buenos resultados?

De particular interés resulta la exposición de la relación entre la naturaleza y la ética. El concepto teleológico de naturaleza propio de la Tradición es desafiado por una comprensión polivalente de la misma que atenta directamente contra el fundamento de la ética. La recuperación de la dimensión metafísica de la naturaleza es el camino correcto para vincular armónicamente la naturaleza humana y la moralidad sin incurrir en la falacia naturalista. Como corolario el autor evidencia que la cuestión de Dios no es ajena a la praxis. El reconocimiento de Dios como fundamento último de la ética se acompaña del reconocimiento de Dios como término de la vida moral: la contemplación. El autor explica cómo el acceso práctico a

Dios permite superar los límites de la razón —la fragilidad humana, el mal, la injusticia—, que amenazan con sustraer a la vida su sentido colisionando así con la posibilidad de la ética.

M. Soledad Paladino. Instituto de Filosofía – Universidad Austral
spaladino@austral.edu.ar

HAN, BYUNG-CHUL

El corazón de Heidegger. El concepto de “estado de ánimo” de Martin Heidegger, Herder, Barcelona, 2021, 327 pp.

Nos llega otro libro del filósofo de moda. La verdad es que no soy amigo de las modas, y menos en filosofía, pero... este pensador tiene buena pluma y nunca me deja indiferente. A mí me interesa por los temas que trata y el enfoque, aunque no puedo más que estar en desacuerdo con el trasfondo de su exposición. Intentaré explicarlo.

El tema del libro son los estados de ánimo, un tema difícil de abordar y que estudié en pensadores alemanes que a mi juicio se encararon con el asunto con más rigor que Han. Pero esta es la visión de un filósofo de moda sobre otro filósofo que desde su muerte, e incluso antes, ya tenía cierto halo de genio: Heidegger. Los estados de ánimo, el corazón, las disposiciones de ánimo, la actitud fundamental... son conceptos que se equiparan y dependiendo de quién sea quien los estudie saca conclusiones muy diversas. También Heidegger se dedicó al asunto de la *Gesinnung*, de la actitud interior, del corazón, del núcleo de los estados del ánimo.

El libro se compone de nueve capítulos. El primero, como suele este autor con los títulos —hay que reconocer que se le da bien poner títulos provocadores—, es *La circuncisión del corazón*. Muy en resumidas cuentas, lo que viene a decir Han es que la falta de entusiasmo es lo que emprende la circuncisión del corazón. El corazón en Heidegger, al contrario que Derrida, es la escucha a una única voz, la *voz del ser* —concepto en el que a mi juicio Dietrich von Hildebrand profundiza mucho más que Heidegger y que Han